

# LA SIESTA

Cantaron la cigarra y el mosquito  
(órganos invisibles de la siesta),  
llenando del zumbido y su respuesta  
hasta el hueco de un eco sin distrito.

Una desolación sin paz ni grito  
se filtra en el desahucio de la fiesta,  
apagando a la idea más compuesta  
con el peso de un sueño de granito.

Parece que la vida se desagua  
por un canal sin fondo ni sentido  
a un trópico con ámbitos de fragua.

Hasta un ruido sordo sin ruido  
que va con el embrujo de tu enagua,  
soñando con tu gloria, se ha dormido.

M. OSTOS GABELLA

## Nuevo Alegato Sobre Colón Español

**S**ABIDO es que ya no nos quedan más que dos Ramones, hombres de letras notorios, aunque no de la misma especialidad: Don Ramón Gómez de la Serna con sus «gréguerías» y don Ramón Menéndez Pidal, con su inveterado «genovismo» en la cuestión de la cuna y lenguaje de Colón. De éste y de su interesante librito, de la Colección Austral: «La Lengua de Cristóbal Colón»; vamos a ocuparnos, sin que tengamos la pretensión, por supuesto, de sacarle de su obsesión; ya que no lo consiguió con su discurso académico, su ilustre compañero, señor Rózpide, ni han hecho la menor mella en su tenaz convencimiento, los contundentes trabajos históricos de don Rafael Calzada, La Riega, Otero Sánchez, Rey, y otros profesores y notables escritores hispano-americanos, que han demostrado hasta la saciedad, que Colón era español; a pesar de la tradicional creencia, hábilmente aprovechada por la «Raccolta Colombiana» genovesa, defensora y propagandista tenaz, del cada vez más desacreditado tópico, del «Colón genovés».

Véase con qué desdén de las opiniones ajenas, y también con qué falta de lógica, empieza, su mencionado interesante librito, el señor Pidal:

«En los muchos autógrafos de Colón, que se conservan, lo primero que saltó a mi vista fué el hecho inesperado de que el gran descubridor usase el español antes de ir a Castilla. El interés inquietante, de esta primera observación, no me llevó, ni por un momento a la demasiado vulgarizada hipótesis de Colón español. No perdamos tiempo en ello...

¿Pero entonces, como explicar el precoz hispanismo lingüístico del joven italiano?»

Para un español patriota, como el señor Pidal, no debiera parecerle tiempo perdido el examinar la posibilidad, aunque fuera muy vaga, de que Colón fuera español, pero su obsesión italianista se manifiesta desnuda en el mismo párrafo al calificar de hecho inesperado e «inquietante», el que un joven *italiano* nos legara muchos autógrafos en correcto español.

¿Por qué «inesperado»; por qué «inquietante»? ¿Qué esperaba el señor Pidal? Más claro ¿qué deseaba puesto que le inquieta un hecho, que constata sin explicárselo, y que a cualquier español alegraría? Este primer párrafo de su libro echa un tupido velo de duda, incluso sobre sus eruditas disquisiciones lingüísticas y opiniones personales, que le siguen; y, esto sí que es inquietante para el lector, que espera con fundamento, hallar en las páginas del ilustre acadé-

mico, un guía seguro e imparcial, para aclarar definitivamente, un tema tan discutido.

Por cierto que, en esto de la lengua italiana, sigue «sorprendiéndose, e inquietándose» don Ramón, páginas adelante, sin explicárselo, por supuesto, pues dice:

«En cuanto al italiano de Colón, no lo usa en ninguno de sus muchos relatos y documentos. A su Patria, Génova, escribe en español, siempre; por ejemplo, al Oficio (Banco), de San Georgi, o a Nicolo Oderigo en un tono íntimo, e insertando un refrán español.

¿Qué explicación dar a este otro hecho extraño?

Extrañísimo, en efecto..., para los «genovistas», pero sencillísimo para los «Rieguistas» o españolistas; pues, como gallego que era, es decir español, en español escribía todas sus cartas; tanto las oficiales como las más íntimas, a sus hermanos y a sus hijos; y esto si que sería extraño en un genovés!

Hasta para dar una sencilla orden a sus banqueros (el Banco de San Jorge), daba a un amigo que les tradujera su carta en español. ¿Y qué remedio le quedaba si no conocía otra lengua más que ésta, desde la infancia, y el gallego, o portugués si se quiere, (íguál, entonces), más el latín, lo bastante para remediar faltas; lenguas en que los banqueros no le hubieran entendido?

Pero el Sr. Menéndez Pidal, duda, duda mucho, y a pesar suyo añade:

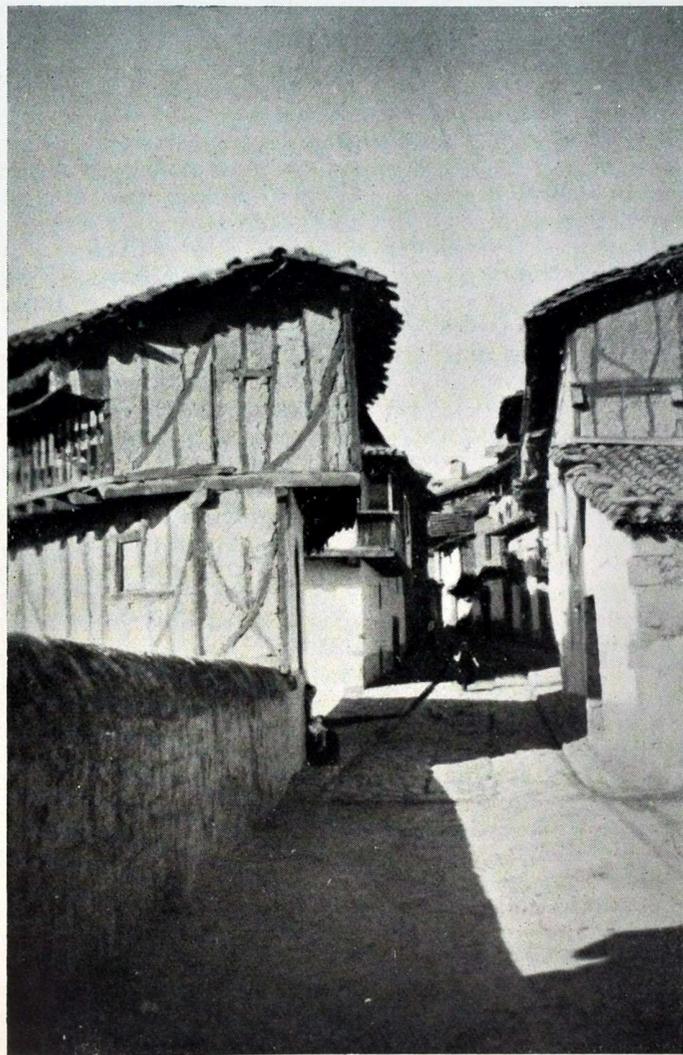
«Hacia 1945, cuando volvió Colón de su segundo viaje, leía la Historia de Plinio, en italiano, y anotaba en español, en sus márgenes; y, hasta qué punto tenía el español como lengua habitual, lo demuestra el hecho, de que repite, en español, las mismas palabras italianas del texto impreso... Y, así, veinte apostillas, españolas, sobre otros tantos pasajes italianos. Solamente al final, deseando hablar de su descubrimiento de la isla de Haití, o «Española», se decide a poner una nota en italiano, que sin querer, a cada paso se va al español. En cambio, el caso contrario no se da, en los extensísimos escritos españoles de Colón; sus confusiones se producen introduciendo formas y voces portuguesas; no italianas...»

¿No serían gallegas, por casualidad? Pero vamos a ver cómo el señor Pidal, nos da la razón, y de paso un soberbio palmetazo a su colega, el académico señor Altolaquíre, (aun más genovista que él), contestándole categóricamente:

«No es posible el olvido de la lengua propia, de un hombre que no abandonó su patria hasta los veinticinco años».

Refiriéndose, naturalmente, al consabido y cansado Colombo; el de los veinticinco años, (tejedor de lana, quesero y vinatero, aún en Génova), en el año 1473; cuando el maduro marino, futuro descubridor de América, enamoraba, y al fin se casaba, con doña Felipa Moñiz, en Lisboa. ¡Como que éste le llevaba a aquél nada menos que diez y ocho años!

Esta vez no ha nublado el claro talento del señor Pidal, el parecer de la «Raccolta Colombiana» genovesa. Por lo que yo, arrogándome, de momento e inmerecidamente, la representación de cuantos



ALBUM EXTREMEÑO.—Villanueva de la Vera (Cáceres)  
Casa del Barco y Calle Real, Foto A. Pérez Sánchez

ven en Colón, y ya son muchos, el prototipo del español castizo, aventurero y arriesgado marino, *que jamás pensó en oficio sedentario alguno*. me limito a decirle, con el mayor respeto: ¡Muchas gracias, don Ramón, ahora estamos conformes!

Pero sigamos paso a paso la obra del señor Pidal, que en la tercera página nos dice:

«Sabemos poco de la juventud del Almirante. Todas las noticias que él o sus allegados nos dieron obedecen a una necesidad de simulación, y son falsas en gran parte. Para poseer dignamente su cargo de Almirante, supone estudios en la Universidad de Pavía, que nunca hizo; necesita hazañas marítimas, que nunca realizó, al servicio del rey Renato de Anjou, o del almirante francés, Coulon *el Mozo*; necesita correspondencia con Toscanelli, que no parece haber tenido... Como la raposa borra su rastro con el rabo, así Colón quiso borrar su juventud, de oscuro lanero y mercader».

Sentimos no poder felicitar a don Ramón, por el similitud de la raposa; pero aún sentimos más que nos diga, desde la altura de su bien ganado prestigio, cosas que no son ciertas; mientras tacha de falsas algunas de las aseveraciones de Colón, el cual no miente, si acaso *le hicieron mentir* sus sucesores, «arreglando» a su gusto algunos de sus escritos, que creyeron decisivos. Pero como existen numerosos escritos auténticos de su «Diario de Navegación» y Cartas a los Reyes Católicos que son otras tantas actas notariales indiscutibles, (que no pudieron «arreglar», o creyeron de escasa importancia), a ellos nos atenemos; sin necesidad de tener para nada en cuenta las verdaderas o falsas actas notariales, españolas o italianas, de aquellos lejanos tiempos, porque no son indispensables para establecer la nacionalidad española de Colón.

No sabemos de donde ha sacado el señor Pidal lo de sus «estudios, en la Universidad de Pavía», donde en todo caso hubiera aprendido humanidades y «Latinidades» italianas, siendo así que su latín era correcto, al modo español, en sus numerosos escritos, *siempre españoles también*. Pero sí podía presumir de conocer esa lengua madre, entonces el principal signo de ilustración, y no hay duda hoy en día, de que lo aprendió, codo a codo, con su compañero «fraterno», (que después fué eminente obispo de Palencia, y confesor de la Reina), Fray Diego de Deza; que tanto le ayudó, para convencer a Isabel, de que aceptara sus planes, a pesar de la fanática oposición de sus consejeros y de los también obispos, Talavera y Fonseca.

Pues bien, su amigo «fraterno» Fr. Diego de Deza, no tenía que correr mucho para tener inmejorables maestros de latín, pues tíos suyos eran los frailes que lo enseñaban (a los chicos), en el convento franciscano de Puerto Santo, ribereño con la misma ría de Pontevedra... Precisamente, de Pontevedra, donde tantos rastros dejó, y escrituras se hallaron relativas a Colón, en estos tiempos.

Sobre esto existe, entre otros datos, una carta de Colón a su hijo don Diego, al regreso de su cuarto y último viaje a América. No cabe duda.

Pero sigamos copiando al señor Pidal, que nos dice:

«Hasta agosto de 1473, Colón (sería Colombo, si acaso) hasta sus veintidós años, reside en Génova o en Savona, con oficio de lanero, al lado de su padre, tabernero, quesero y tejedor de paños de lana. Allí pudo tratar a algún español aportuguesado y aprender de él la lengua ...»

¡Sublime invención! El obrero lanero, quesero, estudiando en Italia, el español, *con un español «aportuguesado»*... ¿Y por que no «agallegado», infinitamente más numerosos, puesto que lo son en general los españoles de Galicia?

El caso era, como ya nos dijo en un principio don Ramón, que «ni por un momento» resultase que Colón era español. «No perdamos el tiempo en ello» nos dijo también. ¿Para qué comentarlo?

Pero, Colombo, (y no Colón), tenía veintidós años, en Génova, en 1473, (precisamente cuando Colón no Colombo, se casaba en Portugal, y con el pelo ya canoso por cierto), no cabe duda que el tal Colombo, juvenil, había nacido en el año 1451. Ahora bien, es muy fácil demostrar que Colón, *el descubridor*, auténtico, nació en 1443, o quizá antes; puesto que murió en Valladolid, viejo y con todo el pelo blanco; a una edad, que, según sus propios escritos, se acercaba o pasaba de los setenta y tres años; mientras que Colombo, *el «descubridor a la fuerza»*, tendría sólo cincuenta y cinco años, entonces.

Existe, pues, entre los nacimientos de los «dos descubridores», un espacio de tiempo de *dieciocho años, nada menos*; que los genovistas no saben, ni sabrán nunca, como llenar; y por eso les sorprenden fenómenos perfectamente naturales; ya que, partiendo de una base falsa, no se pueden explicar.

Pruebas al canto, suministradas por el Colón-descubridor y su hijo don Fernando: Este nos dice que su padre empezó a navegar a los *catorce años*, y, aunque ya sería alguno más, prosigamos: Colón *navegó durante 23 años*, sin pasar en tierra «tiempo que se haya de contar». *Pasó catorce en Portugal*, casándose allí, juntando datos, y tratando de vencer, a don Juan II, de la bondad de sus planes; y *siete más*, tratando de lo mismo en la Corte de los Reyes Católicos y ante los tribunales de Salamanca y Córdoba; (esta vez con éxito completo), y, como desde su primer viaje a América, en 1492, hasta el año 1506, en que murió, *van catorce*; y se añade al de 1484, que pasó con los frailes de la Rábida, *hacen justo setenta y tres años* de vida; y por tanto la fecha de 1433, para su nacimiento. (Salvo ajuste de meses entre estos periodos conocidos, que nos darían setenta y cuatro años de vida, y el 1432, como fecha de su nacimiento).

Habiendo, pues, nacido Colón en 1433, o antes, pudo combatir en las naves genovesas, aliadas del Rey Renato de Anjou, en su campaña, de 1459 a 1463, contra el reino de Nápoles; incluso mandando una de ellas, como él mismo nos dice; lo que hubiera sido hartamente

fácil hacer al Cristóforo lanero, de Génova, nacido según don Ramón en el año 1451; que tenía por tanto ocho años...

La indiscutible revelación de hechos tan concretos de la auténtica vida de Colón, según su carta, muy posterior, a los Reyes Católicos, dice así:

«Me sucedió que el Rey Renier, (que ya llevó Dios), me envió a Tunez para tomar la «galeota» Fernandina; y, habiendo llegado a la Isla de San Pedro, en Cerdeña, supe que había dos navíos y una «carraca», con la galeota; por lo que se turbó mi gente, y determinó volver a Marsella, por otro navío y más gente. Yo, que con ningún arte podía forzar su voluntad, convine en lo que querían, y mudando la punta de la brújula..., al día siguiente, al salir el sol, nos hallamos dentro del cabo de Cartagena, estando todos creídos que íbamos a Marsella».

Este interesante documento, además de revelar y puntualizar, hechos tan poco conocidos de la nebulosa juventud de Colón, demuestra que combatió en efecto y valerosamente, en una campaña en que las huestes del Rey Renato libró encarnizadas batallas, por tierra y mar, con las temibles, y al fin victoriosas fuerzas de Nápoles; en las que tomaría seguramente parte como arriesgado Capitán, el también arriesgado descubridor de América; mientras el famoso Cristóforo, leyenda genovista, ni siquiera habría empezado a tejer lana...

Como Juan de Anjou, duque de Calabria, se retiró con sus naves francesas, (con o sin las genovesas) a la isla de Ischia, y continuó molestando cuanto pudo a Nápoles durante otros cuatro años, es posible que Colón (y no Cristóforo) le acompañara; o bien que se dedicara, en las de los almirantes—piratas, Coulón, Coullón, o Colombo, el Viejo o el Mozo, (con los que muchos historiadores le confunden), en algunas fechorías de éstos; a los que, tanto temían en nuestras costas gallegas, que «sólo su nombre hacía llorar a las madres y desvelaba a los niños...»; porque todo esto en aquellos tiempos, y el proveerse de esclavos negros, en la costa de Africa, era cosa corriente y hasta casi lícita.

Sin embargo, un creyente tan convencido como Colón, es mucho más probable, que habiéndose relacionado, en Génova, (base de la larga campaña de Renato), con sólidas firmas comerciales, como las de Di Negri y Centurione, se dedicara al tráfico marítimo, entre Génova e Inglaterra y Holanda; y, fuera que estas expediciones tropezaran, algún mal día, con las naves contrarias venecianas, o con las «francesas libres» de los Coullón, el caso es, que, «náufrago y montado sobre un remo», como pretende su hijo y biógrafo Fernando Colón, o bien a pie enjuto desembarcado de las naves comerciales genovesas (a cuyos armadores debía algunos picos que aparecen en su último testamento), lo cierto es que arribó a Lisboa, hacia el año 1470; enamoró allí, a pesar de sus incipientes canas, a la educanda

doña Felipa Moñiz de Pelestrello; casó con ella; navegó en buques portugueses a la Guinea y a Islandia, o Thulé, (fin del Mundo conocido entonces); le nació su hijo Diego hacia 1475; y, con él, ya de nueve años huyó a España, como ya se ha dicho, en 1484; en vista de que el Rey don Juan ni le entendía ni le protegía.

Discutan, pues, los sabios y eruditos, si tales o cuales actas notariales, o documentos, (que durante cuatrocientos sesenta años, sabe Dios en que peadoras manos habrán caído), fueron o no, enmendados, ocultados o tergiversados; basta el Diario de Navegación, auténtico, de Colón, sus cartas y su testamento, para afirmar, categóricamente, que Colón era español. ¿Para qué más auténticos actos historiales?

Sin embargo, hay más. En ese mismo auténtico Diario, se ve, que Colón dió el nombre de San Salvador, a la primera isleta que descubrió; y, aun siendo muy devoto, solamente festejó (con gallardetes, cánticos y salvas), el día 18 de Diciembre a Ntr<sup>a</sup> Sr<sup>a</sup> de la O, siendo ésta precisamente patrona de Pontevedra, y templo aquél, de su misma ría; cuyos más recónditos rincones conocía tan bien Colón, que pudo servirse de ellos, para bautizar con nombres, a veces bien singulares, gallegos: las islas, bahías, ríos, etc. que descubría. ¿Cabe suponer, que a un marino genovés se le ocurriera llamarlos: «Punta» e «Isla Pierna», «Punta Lanzada»; «Isleta de Ratas»; «Punta del Fraile»; «Cabo del Pico»; «Cabo Cruz», etc., nombres que, reunidos, sólo en las rías de Pontevedra y Vigo se encuentran...?

Además, ese supuesto «marino genovés» (según el mismo auténtico Diario), citaba constantemente, la «disconformidad», o el parecido, de los árboles, peces, frutas etc., que descubría comparándolos siempre con *los nuestros*; y dirigiéndose a los Reyes Católicos les hablaba de *nuestra Patria* y de *nuestro romance*; patria y lenguaje que sólo españoles podían ser, dirigiéndose a tan españolísimos Monarcas.

¿Para qué acumular más datos fehacientes, de la misma auténtica fuente? ¿Qué valen, al lado de ellos, los retorcidos argumentos, sacados (única base de una quebradiza teoría) de breve frase: de Génova vine y en ella nací», ingertada, tan medrosamente, en el más sospechoso documento que a Colón se le atribuye, que solamente fué presentado éste, por no tener otro mejor, setenta años después de su muerte, y cuando también habían muerto sus hijos, frenéticos genovistas?

«Si es broma, puede pasar», mas... ya es hora de que no sólo los señores académicos, acordes o discordes, por eminentes que sean, sino la Academia en pleno, tome cartas en este asunto, que va tomando caracteres de descarada usurpación de una gloria, evidentemente española.

EL MARQUES DE MORELLA

## SONETO DEL

# UNIGENITO

Te he pedido, Señor, día tras día

un hijo de mujer creyente y pura,

y me has dado, Señor, una criatura

que me llena de gozo y de alegría.

Tendí mi corazón y mano fría,

abierta a la ventisca de la altura,

y un ángel se posó sobre la albura

que el valle de mi pecho le ofrecía.

Hoy me espanta, Señor, ese camino

que se abre ante la frente del infante

y se cierra en la mano del destino.

Sólo alivia, Señor, este desvelo

saber que, con amor, el caminante

alcanza tu perdón y llega al cielo.

JOSE MARTINEZ FERNANDEZ